



Comentario

de

Miguel de Unamuno

El tablero teológico moral



NADA, está visto que no se puede ser veraz comentarista de la vida ambiente y pasajera.

Porque al final de nuestro comentario sobre la fábula de la zorra y el busto hablábamos de cierto lector pedagógico, sociológico y enciclopédico que suele dedicarse á alocucionar seriamente, y porque le creemos licenciado en Medicina y Cirugía, otro que lo es nos escribe preguntándonos si creemos que el cultivo de esta disciplina empírica predispone á la ingenuidad. A lo que hemos de decir que más predispone á ella el cultivo de la Teología, sobre todo si es ejercido dentro de un claustro. Un estudio detenido de los procesos de la famosa Inquisición nos mostraría cuántos camelos les metieron y cuántos micos les dieron á los solemnes definidores del Santo Oficio.

En una ocasión le contaba un amigo nuestro á cierto doctor en Teología y Cánones, á la vez que en Derecho Civil, y catedrático él, la observación que habíamos hecho en un cuadro de las Animas, de esta ciudad de Salamanca, y es que habiendo un ánima bendita con bigote y sin barba entre las llamas, ó es recién ingresada ó se afeita en el Purgatorio, ya que el fuego pur-

gativo ó quema todo el pelo ó lo deja crecer por igual. Y el ingenuo teólogo y canonista, que se las echa de socarroncillo, emprendió en una solemne disertación sobre el Purgatorio y sobre el simbolismo de la iconografía sagrada.

Otra vez, hablando con otro teólogo, le expusimos un caso de conflicto de jurisdicciones celestiales, no muy diferente del que nos cuenta Goethe en su relato de la fiesta de San Roque, el 16 de Agosto, en Bingen. Y fué el que contamos el de una pobre mujer recién parida que había estado enferma de los pechos y lo estaba de los ojos y para curarse de éstos resolvió hacer una novena á su abogada, sólo que se confundió y en vez de hacérsela á Santa Lucía, que es la abogada de los ojos, se la hizo á Santa Agueda, que es la de los pechos—como Santa Polonia la de las muelas *et sic de caeteris*—, y ni Santa Agueda le curó los ojos por no invadir jurisdicción ajena, ni Santa Lucía se enteró de la novena, y aun enterándose habriase abstenido, por no llegar la petición en forma. Y el buen teólogo, al exponerle el caso, nos endilgó una divertidísima homilía, mejor conferencia, sobre la intercesión de los santos y santas. ¡Y con qué precisión científica nos explicó aquello de que en la novena á San Roque, abogado de la peste, se le dirija un padre nuestro, diciéndole: «Padre nuestro que estás en los cielos... etc.»! Ni la sonrisa de nuestros ojos, regocijados con tanta inocencia, le inmuto.

Hablábase otra vez de los famosos milagros que empezó á hacer y ha dejado de hacerlos el Cristo de Limpías, y establecimos la distinción entre milagro objetivo y milagro subjetivo. Así, cuando se le aparece á uno un ángel en sueños, como lo ocurrió á San José, según se nos cuenta en el Evangelio (Mat. I. 20), es un milagro objetivo; y cuando uno sueña que se le aparece un ángel, es un milagro subjetivo. Y un teólogo que nos oía emprendió también la tarea de adoctrinarnos al respecto. Y acabó con aquello de *sancta sancte tractanda sunt*, que no traducimos por suponer á los más de nuestros lectores bachilleres en Artes.

Ahora que la Medicina se parece bastante á la Teología, que

es una especie de medicina del alma. Y si al sacerdote le llamamos cura por tener cura de almas, cura se le podría llamar al médico, por tener presunta cura de cuerpos. Mas lo que no cabe aplicar á nuestro caso—acaso incurable—es el tablero.

¿Sabe nuestro nuevo corresponsal lo que es el tablero? Pues el tablero en Medicina es uno que, como los de señalar tantos en los billares, tiene un número de agujeros, que son los síntomas de las diversas enfermedades, y unas clavijas. Se examina al enfermo; temperatura, tanta, y se mete la clavija correspondiente en el agujero de esa temperatura; lengua saburrosa, y otra clavija; dolor de costado, y su clavija; erupción en tal ó cual parte..., y así los demás síntomas. Se le da luego á un manubrio que tiene el tablero al lado y salen por arriba el diagnóstico y por abajo la receta. Y como haya un síntoma nuevo que no esté fichado en el tablero por su agujero, ¡adiós, ciencia! ¡Y como se equivoque uno de agujero!...

Siendo el que esto escribe Rector de Universidad, lo fué un maestro pidiéndole una licencia de cuarenta y cinco días con un certificado médico en que se decía que padecía el maestro de psicastenia, y como se la negásemos, diciéndole que la psicastenia se cura trabajando y no holgando, ¡alce Dios su ira!, la que nos armó el médico certificante, echándonos en cara nuestra ignorancia y diciéndonos que no es lícito salir con humorismo cuando se trata de la salud del prójimo. Y pensamos que era el médico el que necesitaba huelga y enterarse de lo que es el humorismo. Porque un poco de humorismo científico le habría hecho ver que, en efecto, la psicastenia, sea lo que fuere aquello cuya ignorancia se encubre con ese nombre, se cura trabajando. Y sin hacer caso del tablero.

También los teólogos de teología moral, los confesores, tienen su tablero teológico moral, con sus agujeros y sus clavijas y su manubrio y su placa de diagnóstico y su placa de receta. Y si no basta leer un tratado de *Casus conscientiae*, que es de lo más divertido que se puede leer en este mundo. ¡Si Belda supiera bien latín eclesiástico!

Claro es que así como un médico de tablero se ve perdido cuando se le presenta un neurastónico simulador, así un confesor de tablero se ve también perdido cuando se le presenta un devoto escrupuloso que se pone inconscientemente á tomarle el pelo.

Y parece que no sea el confesionario el lugar más á propósito para adquirir la percepción humorística. Aunque creamos que por la rejilla de él se han de ver más comedias y sainetes que por tragedias. Porque una de las más divertidas flaquezas del hombre—y de la mujer—son sus pretensiones de pecador. ¡Las cosas que se le ocurren á un mozo inconsciente con un libro de examen de conciencia entre las manos y pensando que no puedo quedar mal!...

A un niño de ocho años que lloraba amargamente en la mañana en que iba á confesarse y comulgar por primera vez, como le preguntaran sus hermanos mayores por el motivo de su congoja, contestó entre sollozos: «¿Es que no me acuerdo de ningún pecado!...»